

Las siete vidas vidas de Luis Cernuda

Benjamín Prado

La vida siempre es otra cosa, y por eso no basta con recordarla ni con creer lo que sabemos de ella, sobre todo en estos tiempos en los que lo único cierto es que «el pasado se está volviendo impredecible». Por eso es tan importante el trabajo de biografos tan minuciosos como Antonio Rivero, que acaba de publicar en Tusquets la segunda parte de su biografía sobre Luis Cernuda: leyéndola conoces mucho mejor, como es natural, al autor de *La realidad y el deseo*, pero también sus poemas, que se llenan de luces que antes estaban apagadas. Hay quien piensa que conocer la vida de un escritor no acerca su obra, pero nunca he estado de acuerdo, sobre todo cuando uno se encuentra con trabajos como éste, que más que un libro es un microscopio.

El segundo y último tomo de esta biografía de Cernuda, que es mucho más ágil que el primero e igual de consistente, comienza con la salida del poeta de España, rumbo al exilio, y cuenta sus desventuras en Londres, en Glasgow, en Estados Unidos y, finalmente, su vida a ratos feliz en México, donde, como todo el mundo sabe murió el 5 de noviembre de 1963, en la casa de Cóncha Méndez de la calle Tres Cruces, en el barrio de Coyoacán, y donde está enterrado, en una la tumba del Panteón Jardín del Distrito Federal, muy cerca de la de su antiguo amigo Emilio Prados, desde la que se ven a lo lejos los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl y que quizá fue su último acto de dandismo: en la lápida pone «Luis Cernuda Bidou, Sevilla 1902-Mexico 1963. Poeta», con lo que su segundo apellido es una deformación amable del auténtico, Bidón, que sin duda no debía de agradarle. ¿Habría

Antonio Rivero Taravillo: *Luis Cernuda. Años de exilio (1938-1963)*, Tusquets, Barcelona, 2011.

dejado Cernuda indicaciones al respecto? Si no es así, ¿por qué no se corrigió el error, por ejemplo, cuando la sepultura fue restaurada por la Embajada de España? Cuando un ataque al corazón acabó con su vida, Cernuda estaba leyendo a Emilia Pardo Bazán y escribiendo sobre el teatro de los hermanos Quintero, y no se encontraba muy bien, sino angustiado porque sus últimos libros no terminaban de publicarse y porque el dinero que había ganado dando clases en Norteamérica y que tenía en una sucursal de un banco de California, nunca llegaba a México, y de hecho si lo hizo ya fue demasiado tarde.

En el libro de Rivero encontramos a todos los Cernuda que fue el autor de *Las nubes* y *Como quien espera el alba*, desde el hombre decente, fiel a sus ideas y en algunos casos hasta dulce, por ejemplo en su relación con los nietos de Manuel Altolaguirre y Cóncha Méndez, hasta el más conocido, o al menos más repetido, que es el hombre colérico y tan atrabiliario que era capaz, ya en sus tiempos en Latinoamérica, de encerrarse en la cocina de la casa de Concha Méndez con su plato y negarse a salir hasta que acabara de comer y se marchase de allí Emilio Prados, el otro comensal al que la ex-mujer de Manuel Altolaguirre había invitado, precisamente, para que se reconciliara con el autor de *Desolación de la quimera*, o de no acudir a la oficina de correos a recoger el tomo de la poesía completa que Aleixandre le había enviado a México y mandarle una carta diciéndole que no se molestase en mandárselo de nuevo. Y de esa colección de hombres distintos que fue Luis Cernuda, al menos los siete que vivieron en Sevilla, Madrid, París, Londres, Glasgow, California y México, sacamos un conocimiento profundo de su vida y su tiempo, ese terrible siglo XX que le hizo padecer dos guerras pero que no pudo detener su poesía, que se ha abierto paso hacia los lectores de hoy con una fuerza imparable. Que esta biografía nos lo recuerde y nos lleve a releer a Cernuda es algo digno de ser celebrado ©